

Abuso de confianza

Elite, 1950-11-25.

Don Andrés, mal llamado "Zaperoco", era hombre de genio un tanto vivo y talento muy despierto. nació de padres sin posibles y desde muy chico tuvo que fajarse a trabajar. no hubo oficio que no probara y en todos mostró disposición. Diligente, tenaz y con principios, Andresito llegó a "Don Andrés" sin estudiar más ciencia que la de ganar real. Algunos le despreciaban, pero infundía respeto a los más. De esta suerte logró posición, prestigio y dignidad. Se olvidó su cuna y a poco de conocerse su fortuna se volvieron mieles todas las reservas de la buena sociedad. En ambiente tan propicio, Don Andrés desplegó las velas de su buena estrella y enfiló derecho a la cumbre, la meta imposible de su ambición. Prestaba dinero a tanto, regateaba el centavo, y en cuentas de miles o préstamos de jornalero ponía igual sed de doblar las sumas. Absorbido por los problemas de sumar y multiplicar magos de su escasa ciencia, descuidó su conciencia y se olvidó de vivir. Se le agrió el carácter se le nubló la vista, le flaquearon las piernas y todo el cuerpo le bailaba con un temblor nervioso. Al desconfiar de sus fuerzas empezó también a dudar de todos. Cobraba personalmente los alquileres, asediaba a sus "favorecidos" y no había rincón donde no metiera sus narices. Le perdieron el respeto y empezaron a mofarse de don Andrés, hasta dejarlo en "Zaperoco", por los muchos que armaba con amenazas y dislates. Sus atropellos y desmanes formaban un rosario negro que ni el diablo podría colgarlo del cuello sin temblar de horror.

Así llegó al final. Primero se resintió su cuerpo de tanto trajinar. El dolor y la impotencia ablandaron después su alma y cansado de médicos de cuerpo pidió alguno que cuidara de asegurarle un puesto en el cielo. Desconfiando hasta en negocios de conciencia, solicitó la presencia de don Miguel, un sacerdote amigo íntimo de la niñez, a quien propuso la operación:

– Mira, Miguel; no hay nada que no se compre, y no hagas melindres; dime qué he de hacer para ganar el cielo...

Don Miguel se horrorizó, se santiguó y en sus labios tembló un breve exorcismo. ¡Sería posible que aquel hombre estuviera tan corrompido! ¡No podía ser! ¡Aquel hombre no estaba en sus cabales!

– Primero tienes que confesarte, Andrés. Librar tu alma de todo pecado y prepararte a rendir cuentas en presencia de Dios.

– Bueno, en eso puedes ayudarme tú. ¡Eso es todo!...

– ¡Todo, todo!... Para eso tienes que arrepentirte y reparar tus faltas...

– ¡Al grano, al grano!...

– Ante todo dolor de contrición, Andrés. Y, ¡por Dios!, no seas irreverente. Es justo y necesario que devuelvas aquello que hayas obtenido ilícitamente...

– Fija la cantidad.

– Eso es cosa tuya... Y, dime: ¿a quién vas a dejar el resto?

– Bueno. Primero, que no voy a morir ahora. Sólo quiero estar tranquilo: ¡quiero estar a bien con San Pedro, caray!... Dime cuánto es y termina que me estoy poniendo malo.

– Siento mucho no poder acompañarte por ese camino, Andrés. Prepárate, que voy a confesarte y tu conciencia tiene que resolver lo demás...

Don Miguel sacó su breviario y con una palidez de susto comenzó a murmurar plegarias. El enfermo le dejó hacer durante un buen rato.

– Dime, Miguel –ofreció con humildad– cien mil bolos... ¿qué te parece?

El cura cerró los ojos para concentrarse mejor y pedir a Dios por aquel pobre pecador que ponía precio a la otra vida. Don Andrés sospechó que su amigo estaba calculando, y como no contestara, propuso otra vez:

– Sean ciento cincuenta mil... Y diciendo esto le dió la espalda, como avergonzado de su propia flaqueza...

Cuando Don Miguel dejó de rezar y volvió la atención a su amigo, Don Andrés acababa de abandonar este pícaro mundo formulando su ruinosa oferta...

Y allí se fué, negro de pecados y sin un sólo centavo...

– ¿Su nombre? –le preguntó San Pedro.

– Don Andrés Ruiz, para servirle –contestó "Zaperoco" muy meloso.

– Eso de "don" sería allí amigo. Aquí no vale. En cuanto a servirme... ¡vamos a ver!...

–Y San Pedro repasaba una lista enorme donde figuraban las nuevas solicitudes de ingreso– ... ¡Vamos a ver!... ¡No, no tampoco me sirve!... Ese bueno de Don Miguel debe ser un magnífico abogado; pero en contra existe una lista enorme de peticiones de Infierno para Ud...

– Mire Ud., San Pedro. Yo ofrecí a Don Miguel ciento cincuenta mil bolívares para reparar mis faltas... ¿está apuntado eso?... Porque no sé si me oyó. Estaba leyendo, ¡sabe!...

– ¿Ciento cincuenta mil?... No, amigo. Aquí dice claramente... "millón y medio, poco más o menos"...

– ¡No puede ser!... ¡Si es toda mi fortuna!... Yo recuerdo perfectamente que no fueron más que ciento cincuenta...

– ¡Cállese!... Don Miguel sabe lo que hace. Y ahora, ¡vamos a ver! ¡Págueme Ud. la entrada!

– ¡Cómo!, ¿todavía más real?...

– Sí señor; pero teniendo en cuenta sus donativos, no le cobraré sino un "marrón"...

– ¿Cómo va ser señor, si me lo quitaron todo allá abajo?

– Haga Ud. lo que le digo; si no, no entra...

Don Andrés volvió sobre sus pasos y en los caminos infinitos que conducen al cielo sigue pidiendo limosna hasta reunir un "marrón"... Puede que no alcance nunca a recibir una puya, pero a "Zaperoco" le queda la esperanza de formarle uno cuando llegue Miguel, su amigo... ¡Fué un abuso de confianza!